

La primacía de la gracia

Semblanza teológica de Marcelino Legido

Ángel Cordovilla Pérez
Universidad Pontificia Comillas, Madrid

1. UNA TEOLOGÍA EN CAMINO

No resulta sencillo realizar una semblanza teológica de Marcelino Legido ya que él mismo no se consideró ni quiso ser un teólogo al uso. Abandonando el ámbito académico y universitario en el que se formó como filósofo y teólogo, donde llegó a ejercer como profesor de filosofía en la universidad de Salamanca, quiso realizar su itinerario teológico en lo que podríamos denominar una «teología apostólica» o una «teología en camino»¹. Esta circunstancia histórica y este hecho vocacional le ofrecieron unas posibilidades únicas, especialmente referidas al contacto de sus reflexiones teológicas con la realidad histórica y la vida de la Iglesia en las que le tocó vivir, pero a su vez lo limitó respecto a la posibilidad de desplegar todo su potencial intelectual en el ámbito estricto de la teología. Esto significa que él nunca tuvo la pretensión de realizar una aportación teológica sistemática al ámbito de la teología científica, sino acompañar la vida de la Iglesia y especialmente las comunidades que él presidió como sacerdote y pastor con la luz de la inteligencia que nacía ante

¹ El propio Marcelino se refería así a su teología en el prólogo a su obra *Fraternidad en el mundo. Un estudio de eclesiología paulina*, Sígueme, Salamanca 1982, 10.

todo de la contemplación y estudio de la Sagrada Escritura y el análisis crítico de la realidad. En este sentido, podemos decir que su propio quehacer teológico se asemejaba bastante a la teología paulina, nacida precisamente del acompañamiento pastoral y concreto de las comunidades cristianas. En este sentido su teología era, ante todo, como hemos dicho más arriba, una teología apostólica y en camino.

Pablo de Tarso como icono

La teología de San Pablo no es una aportación sistemática al conjunto del contenido de la teología cristiana, sino más bien fogonazos y destellos de luz que abrieron a la misión cristiana y a su comprensión teológica nuevos caminos inéditos e insospechados. Pablo nunca tuvo la pretensión de ofrecer una síntesis del contenido esencial del misterio cristiano. Desde una experiencia personal que le marcó para siempre, como fue el encuentro con Cristo resucitado (cfr. Gal 1,15s; Flp 3,17s), afrontó las diversas cuestiones vinculadas a la vida de sus comunidades: la venida del Señor en gloria; la resurrección de los muertos; la celebración de la eucaristía; la unidad en el amor y la vida de los carismas; la autoridad apostólica; la capacitación para el ministerio; la generosidad en las colectas; la justificación gratuita por la fe; etc. No es casual, ni accidental que Marcelino dedicara su tesis doctoral y bastantes de sus primeros estudios exegéticos a la teología paulina², así como a la presentación y la traducción de una obra para él tan importante como la síntesis de la teología paulina de Georg Eichholz desde la exégesis histórico-teológica³. El apóstol Pablo, tanto en su arrojado misionero como en su reflexión teológica, es quizá el icono más representativo de lo que fue la vida de Marcelino Legido con esa voluntad personal, tan suya, de unir misión apostólica y reflexión pastoral, dando a luz así a su manera de hacer teología en la

² Marcelino Legido, *La Iglesia del Señor. Un estudio de eclesiología paulina*, Universidad Pontificia, Salamanca 1978; Id., *Fraternidad en el mundo. Un estudio de eclesiología paulina*, Sígueme, Salamanca 1982.

³ Georg Eichholz, *El Evangelio de Pablo. Esbozo de teología paulina*, Sígueme, Salamanca 1977. M. Legido, «Presentación de la edición castellana», 9-26.

que estaban unidas la exégesis bíblica, la reflexión teológica, la interpretación filosófica, la espiritualidad cristiana, la pedagogía catequética, las imágenes de la vida cotidiana. Todo ello forjó un lenguaje y un método expositivo irreplicable y singular, que escuchado en él en persona era admirablemente profundo y significativo, pero que perdía estas cualidades cuanto más se alejaba de su persona, ya fuera en el texto escrito (libro) o más aún en sus muchos divulgadores. Hay obras teológicas que pueden comprenderse sin la presencia personal y carismática de su autor. Otras, sin embargo, sin ella, pierden mucho de su valor y su atractivo.

Teología en el acto de su comunicación

La mejor teología de Marcelino Legido no está publicada, no está en sus libros escritos, que con la distancia del tiempo se hacen cada vez más particulares y más complejos de leer e interpretar, sino más bien en las infinitas charlas, meditaciones, ejercicios que ofreció a los sacerdotes año tras año; en los cursos que dictaba para la gente de sus parroquias explicando y comentando toda la Escritura o los grandes libros de la teología y espiritualidad cristiana; o las innumerables jornadas que regalaba a las diversas comunidades de vida contemplativa para ayudarles a profundizar en su carisma desde los textos de su fundador leídos desde la Sagrada Escritura y el Concilio Vaticano II. Cualquiera que haya sido testigo de alguno de ellos, ha podido percatarse de esta verdad, vibrando ante sus palabras, sabiendo que ahí estaba siendo partícipe de un momento único y singular, irreplicable. Las intuiciones que aparecen en sus exposiciones son inacabables y en muchos casos han sido fuente para futuras y posteriores investigaciones que si querían ser reconocidas en el ámbito académico necesitaban que fueran presentadas de una forma más universal y sistemática. Su peculiar forma carismática de exposición y la creación de un lenguaje e imaginario propios han hecho de su teología una obra creativa original, casi incomparable, muy ligada al carisma de su propia persona. Esto, en mi opinión, ha motivado en gran medida que su teología sea más para ser escuchada en persona desde la implicación

subjetiva que leída desde la distancia desde la objetividad exigida en el ámbito académico. Es una teología que adquiere todo su valor en el acto mismo de la comunicación personal.

El centro unificador: La primacía de la gracia

¿Dentro de las innumerables aportaciones y escritos de Marcelino podríamos encontrarnos algún centro unificador de su teología? En mi opinión sí y este sería la primacía de la gracia. Es verdad que esta afirmación necesitaría de una investigación más rigurosa y de un análisis más profundo y pormenorizado de sus escritos, pero aun a riesgo de equivocarme creo que esta idea es el verdadero hilo rojo que atraviesa toda la teología de Marcelino de una forma constante. Desde aquí desplegará su mirada al misterio de Dios revelado ante todo en el misterio pascual de Cristo auténtico centro neurálgico de la vida, el pensamiento y la pastoral del sacerdote salmantino; al misterio de la Iglesia radicado en el misterio de Dios y nacido del Espíritu de Cristo muerto y resucitado al que no solo dedicó su primera gran investigación teológica sino en el que vivió y amó profundamente; al hombre creado ya en gracia como realidad distintiva de su naturaleza abierta y llamado desde lo más profundo y genuino de su ser, a acoger gratuitamente la Gracia con mayúsculas; al ministerio apostólico como una mediación eclesial e institucional querida por Dios para que sea ofrecido el Evangelio de la gracia en toda su vulnerabilidad e inmediatez, sin ocultar ni dañar esa primacía. Que nada oculte la oferta gratuita de Dios a todos los hombres, empezando, por esta razón, por los más pobres y los más pequeños. Su teología de los pobres era precisamente esto: una afirmación radical de la primacía de la gracia.

En el prólogo a su obra *Fraternidad en el mundo* aparece esta idea con mucha claridad. Poniendo la mirada en las primeras comunidades cristianas, como fraternidades que hacían de fermento en medio del mundo para hacer germinar así el reino y el señorío del Señor, Marcelino afirma:

«Las primeras comunidades cristianas padecieron también el conflicto de la comunión y de la liberación. Estaban divididas por dentro y perseguidas por fuera. Pero al sentirse iglesia del Señor, asumieron el conflicto, tal como aparece en las cartas de Pablo, desde el Señor, en el Señor, para el Señor. Es decir, su camino en el mundo es una fermentación escatológica de la historia. *No pretenden dar la primacía a los intereses históricos sobre la gracia del Señor. Por el contrario, es la gracia del Señor la que se siembra como nueva creación del hombre, de la comunidad, del universo, de la historia entera*»⁴.

Una idea constante en su bibliografía y en sus comentarios personales, tan suya, de cómo el Reino crece de forma germinal, como fermento, como grano de trigo que se siembra, como frasco de perfume que se derrama, yendo más allá de los intereses sociales, económicos o políticos, tenía en esta afirmación su columna vertebral. Teológica y pastoralmente hablando, la cuestión discutida no era esta afirmación de principio, tan certera y verdadera, sino su conexión con las necesarias mediaciones humanas, siempre ambiguas, desde donde tenían que ser canalizada esta gracia. Asumir estas mediaciones históricas complejas, en el claroscuro de la vida humana, en el ámbito de las decisiones contingentes, es precisamente el arte del discernimiento personal y pastoral que Marcelino practicó según la gran tradición cristiana enraizada en la vida monacal y en la espiritualidad jesuítica. Aquí los juicios pueden ser diversos, los tuvo en su día y los tendrá en el presente y en el futuro, porque en el ámbito de la realización concreta, no tanto de la intención, todos somos falibles y finitos. De lo que no cabe duda fue de lo insobornable de ese principio inspirador de la absoluta primacía de la gracia para su biografía personal, para el ejercicio de su teología y para su inserción pastoral en la vida de la Iglesia y de su misión.

⁴Id., *Fraternidad en el mundo*, 10. El subrayado es mío.

2. EL PRESUPUESTO FILOSÓFICO: METAFÍSICA DEL BIEN Y EL PROBLEMA DE DIOS

El centro de la teología de Marcelino es de una forma muy clara el estudio y la interpretación de la Sagrada Escritura. En una de sus primeras obras dedicadas a la eclesiología paulina ya da muestras de esta predilección por los estudios bíblicos: «[Esta obra] pretende ser un estudio exegético histórico-crítico, que sirva a la edificación de la Iglesia en Cristo hacia la consumación del reino de Dios. Por eso, aun partiendo de las inquietudes de la hora presente, no se propone utilizar los textos paulinos para fundamentar la nueva eclesiología dogmática, ni tampoco manejarlos a satisfacción de las nuevas necesidades sociopolíticas y pastorales»⁵. Aquí la primacía de la gracia se transforma en un dejar que el texto de la Escritura nos hable a la situación histórica contemporánea, sin imponerle esquemas previos o intereses preconcebidos.

Sin embargo, no podemos obviar que la capacidad interpretativa de Marcelino le venía de sus estudios previos de filosofía dedicados especialmente a la metafísica del bien en Platón, al acercamiento a Dios a través del logos en Platón y Aristóteles, a la vida del hombre según el estoicismo. Metafísica, teología y ética, como tres cuestiones fundamentales de la filosofía desde sus orígenes hasta hoy. Marcelino no se iba por las ramas, en sus estudios de filosofía afrontaba los temas centrales del pensamiento humano en torno a la cuestión del ser, al problema de Dios, a la pregunta por la forma de vida del hombre⁶. Y lo hacía desde una doble actitud. La primera tiene que ver con la interpretación y se cifraba en la fidelidad a los textos desde una adecuada perspectiva histórica⁷. El sacerdote

⁵ *La Iglesia del Señor*, 5.

⁶ *Bien, Dios, hombre. Estudios sobre el pensamiento griego* (Acta Salmanticensia, XVIII/1) Salamanca 1964.

⁷ *El problema de Dios en Platón*, 13: «Hoy cualquier investigación sobre el pasado exige dos cualidades indispensables: fidelidad y sentido de perspectiva histórica... Así nos vemos obligados a ceñirnos a los textos, a entenderlos en detalle y en conjunto, vistos siempre desde su contexto».

salmantino era un gran defensor del método histórico, filológico y crítico, para así alcanzar el pensamiento original del autor, sin imponerle esquemas o ideas desarrolladas posteriormente⁸. Esto no le impedía leer esos textos para pensar hoy los mismos problemas allí planteados desde otras coordenadas. No era un interés puramente histórico o arqueológico, sino encontrar las ideas o el pensamiento original del autor (método histórico) para con él pensar hoy las cuestiones que siguen siendo decisivas para el pensamiento y la vida del hombre (perspectiva histórica). La segunda actitud es considerar que toda verdad, venga de donde venga, precisamente en su verdad, nos acerca a Cristo. Hay que evitar falsos concordismos, por ejemplo, ya sea en la interpretación del *Timeo* de Platón, en la metafísica de Aristóteles o en la moral de Cicerón y de la Stoa antigua. Pero en virtud de un «cristianismo cósmico», basado en la afirmación paulina de que todo ha sido creado en él y para él» (Col 1,16), podemos decir que nada hay ajeno en la realidad humana que no se refiera directa o indirectamente a Cristo⁹. Estas dos coordenadas válidas en su época dedicado a la filosofía le acompañarán toda su vida, siendo también unas claves válidas para entender su forma de acercarse a los textos de la Sagrada Escritura.

3. LA ECLESIOLOGÍA PAULINA: IGLESIA DEL SEÑOR Y FRATERNIDAD EN EL MUNDO

Los primeros estudios teológicos reseñables de Marcelino se centran en la teología paulina. Ya hemos comentado la

⁸ Id., 15.

⁹ Id., 12: «Hay en todo lo humano una raíz substancialmente cristiana, según la grandiosa concepción paulina del cristianismo cósmico. “Todo fue hecho por él y para él” (Col 1,16). Además, en el campo de la verdad, todavía podríamos hablar de otra relación. Las *verdades* no son más que partes y reflejo de la *Verdad* personal. El biólogo que, intentando desentrañar la naturaleza, descubre una verdad natural, ha encontrado ya algo cristiano, lo mismo que el historiador que, con la mayor objetividad, interpreta la verdad histórica. Poco importa que esta diga relación directa o no con la economía de la salvación. Es verdad y, por tanto, cristiana. Tal vez esta actitud histórica, auténticamente cristiana, pudiera purificar los criterios de interpretar a Platón sin hacer de él un profeta o precursor».

centralidad que tiene para él el estudio de la Escritura y la predilección por la figura del apóstol Pablo. Antes de dedicarse al estudio de la eclesiología en su obra *La Iglesia del Señor* había dedicado sus energías a estudiar algún aspecto de la cristología y de la comprensión de la historia de la salvación¹⁰. En realidad, si analizamos estas investigaciones y especialmente su obra mayor sobre la eclesiología paulina, caeremos en la cuenta de que sus estudios van más allá de los límites de una eclesiología. Al mirar y contemplar el misterio de la Iglesia nuestro autor realiza una auténtica síntesis de la teología paulina incluyendo el misterio de Dios, la cristología, la pneumatología, la comprensión de la historia de la salvación, la escatología, los sacramentos. Son todas estas cuestiones la que entran en juego.

La Iglesia del Señor

Pero podemos preguntarnos, ¿por qué en concreto la Iglesia según la comprensión de las cartas paulinas? El propio autor nos responde en el prólogo de su investigación doctoral realizada en Alemania, defendida en Salamanca y publicada en la Universidad Pontificia de esta misma ciudad:

«La Iglesia vive con la creación entera los dolores del nuevo nacimiento hacia el día del Señor y necesita concentrarse de nuevo en el evangelio para ser fiel a su misión en esta noche oscura y fecunda que atraviesa. Las miradas de muchos se vuelven hoy a la comunidad primitiva y quisieran encontrar, sobre todo en las cartas de Pablo, una respuesta que ayude a iluminar el camino. Esta es también la inquietud apremiante de las pequeñas comunidades cristianas entre los pobres, nacidas sobre la faz de la tierra, en las que tiene su puesto en la vida este estudio de eclesiología paulina»¹¹.

¹⁰ Entre sus aportaciones habría que tener en cuenta: «Primogénito. Un fragmento de cristología paulina», en *Miscelánea Manuel Cuervo López*, Salamanca 1970, 27-51; «Perspectivas sobre la comprensión paulina de la historia salvífica (1893-1972)», *Salmanticensis* 22 (1975) 417-455. Y centradas en la eclesiología: «La Iglesia entre la comunión y la tentación. Análisis exegético en torno a Ef 2,5.7», *Salmanticensis* 18 (1971) 205-232; «Interpretaciones de la eclesiología paulina y su contexto histórico (1830-1965)», *Salmanticensis* 22 (1975) 417-455.

¹¹ *La Iglesia del Señor*, 5.

Si analizamos este texto, muy propio de la teología de Marcelino, caeremos en la cuenta de que la razón última es pastoral. Quizá aquí nos encontremos con su obra más científica desde el punto de vista formal, no tenemos más que mirar su aparato crítico en la segunda parte del volumen que ocupa más de dos tercios del total, alrededor de 500 páginas en una letra más pequeña que el resto con un admirable condensado de información y referencias bibliográficas. Sin embargo, su verdadero interés es ante todo de renovación de la vida de la Iglesia para ser fiel a su misión en la situación histórica concreta en la que vive. Empezar por la Iglesia es comenzar por la realidad más concreta en la que nos toca vivir donde se concentran después las cuestiones teológicas más relevantes. No es un ejercicio de mirada eclesiocéntrica donde el misterio de la Iglesia esté en el centro de la comprensión de toda la realidad, sino más bien un subrayado del lugar concreto desde donde el cristiano ha de contemplar a Dios, el mundo, Cristo, el evangelio implicados en una historia de salvación. Por esta razón, cuando Marcelino ha mirado al misterio de la Iglesia lo ha hecho siempre desde más arriba (el misterio trinitario de Dios), para llevarlo más hacia adelante (el Reino). Desde estas claves podemos comprender la triple perspectiva de su obra: la comunión de la Iglesia; la edificación de la Iglesia; la realización de la Iglesia.

La primera perspectiva afronta la realidad originaria de la Iglesia como «familia de hijos y hermanos reunida por el Padre en torno al Hijo en el Espíritu Santo»¹². Aquí Marcelino se fija ante todo en los saludos y despedidas de las Cartas de Pablo que aun siendo parte de un formulario común en la literatura griega y judía son modificados personalmente por Pablo. En ellos el Apóstol sintetiza su comprensión de la Iglesia desde una hondura teológica, cristológica y escatológica. Por eso afirma nuestro autor: «Para comprender la constitución de la Iglesia como *oikos*, necesitamos analizar la obra del Padre, de Jesús su Hijo y del Espíritu Santo, que constituye la comunidad

¹² *La Iglesia del Señor*, 65.

de los santos, *hijos y hermanos*»¹³. La mirada a la Iglesia desde su constitución ontológica nos abre a la contemplación de la acción salvífica del Dios que es misterio de comunión trinitaria. Desde esta primacía teológica y soteriológica en la comprensión eclesial adquiere toda la relevancia e importancia la condición filial y fraterna del cristiano como base fundamental de la estructura de la Iglesia.

La segunda parte analiza la edificación de la Iglesia (*oikodomene*) donde adquiere un protagonismo especial el anuncio del Evangelio, el bautismo, la eucaristía y la existencia cristiana comprendida como ser en Cristo. El Evangelio no es un texto y menos aún una palabra vacía, sino «la actualización en nosotros de la obra de Dios en Cristo mediante la palabra apostólica»¹⁴. Pablo es el eslabón fundamental, ya iniciado en la comunidad de Jerusalén, en el proceso de comprensión que hizo la comunidad cristiana del «evangelio del reino», vinculado a la acción misionera de Jesús (Mt 4,23; 9,35; 24,14), al «evangelio de Jesucristo», centrado en su muerte y resurrección, propio de la misión apostólica de la Iglesia (1Cor 15,3)¹⁵. El Evangelio es Cristo como acontecimiento escatológico para salvación de los hombres, que congrega a la comunidad para compartir su vida con ella y encabezarla como Señor hasta la entrega del reino al Padre¹⁶. El bautismo ahonda en esta participación en la acción salvífica de Cristo como incorporación a su vida y a su misión, pero ya no solo desde una perspectiva personal e individual, sino corporativa, como miembro de la comunidad cristiana. En palabras de Marcelino: «es el acontecimiento en el que el Señor Jesús se apropia de los suyos, dándoles parte en su muerte y en su resurrección e introduciéndolos en la comunidad escatológica»¹⁷. La eucaristía acentúa y prolonga esta misma perspectiva. Desde una comprensión concentrada en la cristología recogida por Pablo con gran fidelidad a la tradición (1Cor 11,17-34), se abre

¹³ *La Iglesia del Señor*, 25.

¹⁴ *La Iglesia del Señor*, 65.

¹⁵ *La Iglesia del Señor*, 66.

¹⁶ *La Iglesia del Señor*, 72.

¹⁷ *La Iglesia del Señor*, 74.

paso a una dimensión eclesiológica donde es esencial la relación de la eucaristía con la comunidad (1Cor 10,14-22). Mientras que el bautismo realiza en indicativo de una vez para siempre la incorporación a la vida, cuerpo y misión de Cristo, la eucaristía acompaña la vida de la comunidad cristiana en la tarea penosa y difícil de la transformación existencial en aquello que ya somos por la gracia del sacramento¹⁸.

La tercera parte está dedicada a la realización de la Iglesia (*oikonomia*) entendiendo por ésta la economía de la salvación que acontece a través de ella. Veremos más adelante, como esta idea de la economía de la salvación se convertirá en la estructura fundamental de su obra *Misericordia entrañable*. Aquí Marcelino contempla el misterio de la Iglesia desde una apertura insospechada. Esta parte muestra con toda claridad como esta investigación no se trata tanto de un estudio de eclesiología paulina, sino una síntesis de la teología de las cartas de Pablo desde la mirada al misterio de la Iglesia. O en palabras de nuestro autor, «el estudio de la eclesiología paulina sobre el fundamento cristológico y en el horizonte escatológico exige que analicemos el tiempo de la Iglesia. Solo así se acabará de descubrir su constitución y misión en la *oikonomia* del plan salvador del Padre, para alabanza de su gloria»¹⁹.

Esta mirada al misterio (tiempo) de la Iglesia desde la economía de la salvación está realizada en tres momentos: Mirando al pasado en una doble perspectiva, teológica «Desde antes» e histórica «Entonces»; mirando al presente, «Ahora»; y, finalmente, una mirada al futuro, «Hasta que él vuelva». Los himnos paulinos en los que se canta al Padre por la historia de la salvación realizada en Cristo y consumada por el Espíritu Santo adquieren aquí toda su centralidad y constituyen la trama fundamental de la teología de Marcelino. Para él estos himnos era la gramática desde la que había que leer la grande historia de la salvación anunciada en la Escritura y la pequeña biografía de cada uno desde la que se ha de tejer la vida cotidiana.

¹⁸ *La Iglesia del Señor*, 89.

¹⁹ *La Iglesia del Señor*, 117.

La vida de la Iglesia y de los miembros que pertenecen a ella tiene que ser contemplada desde una situación previa que nos determina teológicamente y nos condiciona históricamente. La determinación es que Dios, antes de la fundación del mundo, nos ha elegido y destinado en su Hijo, a ser sus hijos, a reproducir en nuestro ser el ser del Hijo. Esta es nuestra vocación y «naturaleza» más radical, prevista y preparada por Dios en Cristo desde antes de la creación (cfr. Rom 8,28-30). El condicionante histórico es la historia concreta de la humanidad a través de la cual Dios ha tenido que llevar adelante su historia de alianza y salvación: el pecado de Adán, en quien todos hemos pecado y por lo que la historia no es solo de salvación u justicia, sino de pecado y desobediencia; la elección y la promesa hecha a Abrahán; el don de la Ley como pedagogo que nos condujo hasta Cristo. La Iglesia nace en el designio eterno de Dios de hacernos hijos en su Hijo (Ef 1,3-5) y tiene una historia lenta de maduración a través del pueblo de la promesa.

La mirada al pasado nos conduce a la mirada al presente de la salvación. Este «ahora» salvífico y escatológico significa para el ser humano la incorporación a la Iglesia como nuevo pueblo de Dios donde se cumplen las promesas realizadas a Abraham, se vive la nueva ley y culto y se vive bajo el señorío de Cristo, nuevo Adán y germen de la nueva humanidad. Finalmente, el tiempo de la Iglesia mira al futuro pues su realidad «es más anticipación que cumplimiento»²⁰. Aquí la perspectiva es eminentemente escatológica y contempla el camino de la Iglesia en el mundo entre la resurrección y la parusía. Cristo no es sólo el Señor y cabeza de la Iglesia, sino que a su vez es señor y cabeza de todo el cosmos y de toda la realidad (cfr. Col 1,10.20; Efe 1,22-23).

Fraternidad en el mundo

Junto a su gran obra de investigación *La Iglesia del Señor* hay que situar la monografía *Fraternidad en el mundo*. Ni mucho menos hay que ponerlas en alternativa como si una fuera una visión teológica y otra más sociológica de la Iglesia. En realidad,

²⁰ *La Iglesia del Señor*, 172.

son dos maneras de ver la misma realidad. La primera mira a la Iglesia desde su constitución ontológica y radical como familia de Dios; la segunda desde su forma de aparecer en el mundo como fraternidad de hermanos²¹. De hecho, esta segunda obra está fundamentada en el estudio anterior, especialmente en la segunda (*La Iglesia en familia*) y en la tercera parte (*Por los caminos del mundo*). La primera parte (*La Iglesia en el mundo*) es la sección más novedosa respecto de su obra anterior. Quizá también la más problemática ya que sitúa el análisis de la realidad histórica como punto de partida para la comprensión teológica de la vida y comunidades de Pablo²². Marcelino hace aquí un auténtico encaje de bolillos para asumir lo que tiene de verdad este método moderno de tomar como punto de partida el análisis de la realidad histórica en sus diferentes dimensiones: económicas, culturales, sociales y religiosas, y en su doble relación de estructuras y sujetos personales.

Nuestro autor afirma la circularidad de estas perspectivas, en el sentido de que no puede entenderse la situación cultural y religiosa sin tener en cuenta la situación económica y social y viceversa; así como no podemos entender al sujeto protagonista de la historia que es el ser humano sino inserto en una comunidad, grupo social y estructura. Marcelino intenta ir más allá, por un lado, de una teología clásica excesivamente abstracta que no tiene en cuenta el análisis histórico de la realidad, pero, por otro lado, quiere separarse de un «materialismo histórico monocausal»²³, entonces típico de los métodos marxistas de análisis de la realidad. Esta postura ha sido una de las más discutidas en la recepción de la teología de nuestro autor en diversos contextos eclesiales, ya que para unos su aproximación a la realidad como punto de partida de su discurso teológico se trataba de una claudicación o puesta en práctica de la filosofía marxista y su forma de entender la realidad desde un punto de vista económico y estructural, mientras que para otros precisamente

²¹ *La Iglesia del Señor*, 63: «La comunidad aparece como una fraternidad en el mundo, pero constitutivamente es la familia de Dios».

²² *Fraternidad en el mundo*, 15.

²³ *Fraternidad en el mundo*, 15.

se quedaba corto en este camino ya que no terminaba de asumir radicalmente estos principios al tener siempre como trasfondo de todo una lectura teológica nacida de la comprensión paulina de la historia salvífica esbozada en los himnos cristológicos del Nuevo Testamento. En un sentido podemos decir que ambas posturas tenían su parte de razón pues captaban la novedad del método teológico de Marcelino que no se ajustaba a sus posturas concretas. Por otro lado, si la acusación era de marxista o espiritualista, su lectura estaba claramente equivocada, al no captar la hondura de la postura teológica de Marcelino. Ésta era plenamente ortodoxa, desmarcándose del método marxista, como ya hemos dicho; y, absolutamente moderna, muy lejos de querer edulcorar el análisis histórico desde una visión dogmática-teológica determinada que evitara las aristas, las tensiones e incluso las contradicciones que se producen en el terreno de la historia concreta. Obviamente no todos tienen que comulgar con su método y su manera particular de hacer teología, aunque sí reconocerla como una expresión auténtica del quehacer teológico de la Iglesia después del Concilio Vaticano II. De hecho, este acontecimiento eclesial con los documentos emanados de él, fueron siempre luz y guía de su teología y actividad pastoral²⁴.

²⁴ Cfr. Marcelino Legido, *Luz de los pueblos*, Sígueme, Salamanca 1993. Una obra ofrecida como material catequético para la profundización de la doctrina conciliar. El libro recoge el folleto dedicado al estudio de la Constitución *Lumen Gentium* que se entregó a los grupos de trabajo como temas preparatorios para el Sínodo diocesano en 1986. La aportación de Marcelino a este acontecimiento eclesial en Salamanca fue muy importante, aunque no fue tanto directa, sino indirecta, y probablemente incluso no querida. Hay que recordar que el año 1985 significó para Marcelino un giro decisivo en su vida y en la forma de entender su ser y estar en la Iglesia y en el mundo. A partir de ese año decidió concentrarse mucho más en la presencia en los pueblos en los que estaba destinado como párroco, reduciendo sus salidas y visitas externas. De una forma cada vez más aguda y radical entendió que Dios le llamaba a sembrarse en ese pequeño e insignificante fragmento del mundo y de la Iglesia desde el ocultamiento, configurándose así al camino de obediencia del Hijo. Desde esa lógica vivió hasta el final de sus días el 23 de julio de 2016 en la residencia sacerdotal de Salamanca.

4. LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN: MISERICORDIA ENTRAÑABLE Y EL EVANGELIO A LOS POBRES

La tercera parte de la obra *La Iglesia del Señor* nos ofrecía una reflexión sobre la historia de la salvación. Ya había sido objeto de estudio en alguna investigación de Marcelino. Pero es ahora cuando se convierte en la columna vertebral de su última gran obra publicada: *Misericordia entrañable. Historia de la salvación anunciada a los pobres*. Como indica el subtítulo de este libro, sus páginas constituyen una lectura de la historia de la salvación narrada desde los acontecimientos salvíficos que encontramos en la Sagrada Escritura. Como dato más significativo y personal es la clave de interpretación de toda esa historia. Para Marcelino la luz desde donde hay que contemplar toda la historia sagrada es la Pascua, ella es el centro y la plenitud desde la que es posible mirar hacia el pasado de la creación y el futuro de la consumación; siendo el esquema fundamental para su comprensión aquel que nos ofrecen los himnos cristológicos que confiesan y cantan a Dios su obra de salvación, especialmente el que encontramos en Ef 1,3-14 que contempla el origen de todo en el ser mismo de Dios y en el propósito de su voluntad de hacernos hijos en su Hijo, antes de la fundación del mundo. La historia de la salvación comienza en las entrañas de Dios que se nos han desvelado en plenitud desbordante en el misterio pascual de su Hijo.

Las entrañas de Dios

La historia de la salvación en la que Dios establece su alianza y comunión con los hombres siempre comienza en la Pascua. Naturalmente, no porque este sea su origen histórico, sino porque es el centro de la historia desde el punto de vista teológico, es decir, de interpretación de toda la historia humana como historia de salvación. El título del primer capítulo de esta obra está tomado del evangelio de Juan. Después de que Jesús resucitado se presenta de nuevo a los discípulos ofreciéndoles la paz y mostrándoles su identidad, el evangelista comenta: «Se

llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20,20)²⁵. Para Marcelino esa es la experiencia más importante que hoy se ha de realizar en la Iglesia: la alegría de encontrarse con Cristo vivo y resucitado. Con esta alegría extática, que no procede del sentimiento del hombre y que lo lleva más allá de sí mismo, comienza todo. Una alegría que está más allá incluso de los límites de nuestra pobreza, como «incrédulos de pura alegría» (Lc 24,41). Es la alegría que provoca el camino iniciado por Cristo a la cabeza de su Iglesia y de toda la humanidad llevando adelante el propósito salvífico del Padre. La Pascua es el inicio de la historia porque la situación actual en la que vive la Iglesia y la humanidad es de «noche» y los discípulos de Cristo están llamados a iniciar el camino de un nuevo éxodo. La alegría de la pascua es la alegría de un nuevo éxodo²⁶, porque para realizar esta andadura tenemos el señorío de Cristo, quién habiendo realizado ya su travesía pascual, nos reúne de nuevo en torno a su mesa donde se escucha su palabra y se reparte su cuerpo y su sangre. Aquí hay que engarzar la teología eucarística, otra de las claves fundamentales de su pensamiento y de su vida. Porque la Pascua no es una idea, sino un acontecimiento que pueden experimentar los discípulos del Señor en la celebración de la eucaristía. A la centralidad de la teología pascual le corresponde, por lo tanto, la centralidad de la teología eucarística, no sólo en su pensamiento, sino en la pastoral concreta y en la espiritualidad sacerdotal²⁷. Quien haya

²⁵ *Misericordia entrañable*, 15.

²⁶ La última reflexión que Marcelino ofreció en los Ejercicios Espirituales para Sacerdotes en Villagarcía de Campos en agosto de 1984 está dedicada precisamente al texto de Jn 20,19-21 con el título *La alegría del nuevo éxodo*. Este es el título que después Julián Gómez del Castillo pone en la edición del borrador de los Ejercicios publicada en la editorial del Movimiento Cultural Cristiano *Voz de los sin voz*. No sé si este fue el título que Marcelino le dio a estos Ejercicios ya que la edición de sus meditaciones está tomada de las cintas magnetofónicas que grababa alguno de sus participantes y que yo sepa no estaban revisadas por él.

²⁷ Para la importancia de la eucaristía en la espiritualidad sacerdotal como forma de configuración con Cristo y modelo del camino del discípulo puede verse sus dos contribuciones al Simposio y Congreso de espiritualidad sacerdotal: «Conformar la vida con el misterio de la cruz del Señor (El ejercicio del ministerio presbiteral y la espiritualidad)», en *Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio*, EDICE, Madrid 1987, 101-199. «Espiritualidad del seguimiento de Jesús según

convivido alguna temporada con Marcelino en sus comunidades sabrá lo importante que era para él la celebración de la eucaristía en sus tres momentos fundamentales: el mimo y el cuidado que dedicaba a su preparación; la hondura y simplicidad, a la vez, en su celebración; y la veracidad y seriedad de su acogida en su prolongación en la alabanza cotidiana y los caminos de la misión. Y era absolutamente igual que en esa celebración hubiera dos personas o cinco mil. Marcelino siempre celebraba con la conciencia de que allí acontecía la única entrega de Cristo, unida a la Iglesia entera, para la salvación del mundo.

Pero el camino viene de más arriba y por esta razón avanza mucho más adelante de lo que los seres humanos somos capaces de programar y proyectar. El centro de la historia que es la Pascua nos ayuda a comprender el verdadero origen de la historia de la salvación. Este no es el Génesis donde se narra la creación, sino «el misterioso secreto del Amor del Padre a su Hijo en el común abrazo del Espíritu»²⁸. Por esta razón, el segundo capítulo de *Misericordia entrañable* es un comentario sapiencial y una lectura teológica-pastoral del himno de bendición que encontramos en el comienzo de la Carta a los Efesios donde se expone de manera doxológica este radical misterio (Ef 1,3-14). El versículo 4 es el escogido como título para este capítulo: «nos eligió antes de la fundación del mundo». Con él se indica con toda claridad que la ontología radical del ser humano está en este amor y esta elección realizada por Dios antes de que se pusiera en marcha el mundo y que el hombre decidiera responder a esta propuesta

el modelo apostólico», en *Espiritualidad Sacerdotal. Congreso*, EDICE, Madrid 1989, 195-220. En la misma línea de esta última aportación hay que mencionar también dos contribuciones muy significativas «La fraternidad apostólica de Jesús», en *De dos en dos. Apuntes sobre la fraternidad apostólica*, Sígueme, Salamanca 21980, 11-35. Y el texto anónimo publicado por el Secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades con motivo del día del Seminario de 1983: «Entregó su vida en rescate por todos. Aproximación al servicio de los sacerdotes en la Iglesia y en el mundo de hoy», EDICE, Madrid 1983. (Según la introducción el texto fue realizado por un grupo de sacerdotes, aunque por las ideas expresadas y el lenguaje utilizado la autoría es fácilmente atribuible a Marcelino, al menos como autor principal).

²⁸ *Misericordia entrañable*, 35.

divina en una determinada dirección. La soberanía y la primacía de Dios fueron una afirmación constante en toda la teología de Marcelino. Ya hemos dicho más arriba que este era su verdadero centro. De ahí que fuera bastante complicado encasillar su teología y mirada a la historia humana desde una comprensión humanista antropocéntrica; histórico-marxista; o tradicional-elesiocéntrica. Su clave de lectura es pascual y teológica, en el sentido literal de la palabra, es decir, que tiene su último criterio de comprensión en el ser trinitario de Dios.

A partir de aquí, nuestro autor irá desentrañando la historia de la salvación desde los hitos y episodios más significativos que nos narra la Sagrada Escritura desde su peculiar lenguaje y sugerente interpretación: la creación (Una casa para la familia de los hombres; la fraternidad rota; la misericordia entrañable), el éxodo (El paso de la esclavitud a la libertad; la hondura del camino de entrada), el exilio (Los pasos del destierro; la entrada del retorno), Jesús de Nazaret (La tierra encadenada; las luchas por la liberación; la última hondura de la esclavitud y de la enemistad; la aparición de la gracia; el camino de la gracia; la pascua de la gracia), el surgimiento de la Iglesia (La Iglesia de la comunión; la Iglesia de la liberación) y la consumación de la historia (La fraternidad para la consumación). En la narración personal de esta historia cristaliza todo lo que Marcelino fue: el filósofo que mirando la realidad iba a la raíz de las cuestiones humanas; el exégeta que con el mayor rigor posible pretendía descubrir la situación histórica y el puesto vital del texto bíblico que nos permitiera comprenderlo mejor e interpretarlo adecuadamente; el pastor que con auténtica pasión y celo pastoral buscó en la Sagrada Escritura como Palabra de Dios un texto vivo y normativo para la vida de los miembros de la Iglesia y desde ella para el mundo.

El evangelio a los pobres

El subtítulo de esta obra pone el énfasis en una historia de la salvación *anunciada a los pobres*. La versión popular de esta obra realizada con dibujos y en esquemas lleva por título precisamente *Evangelio a los pobres*. Los pobres fueron su gran

pasión, a quienes privilegió tanto como destinatarios de su acción pastoral, como agentes protagonistas de su historia y sujetos de su propia evangelización en la Iglesia. Este fue siempre un tema controvertido en la experiencia eclesial que le tocó vivir. Pues de las afirmaciones teológicas había que pasar a los compromisos históricos y a las opciones pastorales. Mientras que en el primer punto podía haber más o menos un consenso generalizado (opción preferencial por los pobres) asumido por el magisterio de la Iglesia²⁹, sin embargo, en la aplicación concreta de este principio en el contexto histórico y eclesial particular generaba una gran discusión, e incluso resistencia. No es mi intención aquí enjuiciar cada una de las opciones pastorales e históricas que hizo Marcelino, desde su estancia en Alemania y apoyo activo a los inmigrantes en los años 60 a la presencia solidaria y silente sembrándose entre los pobres del mundo rural salmantino en los años 80-90. Más allá de las concreciones, la opción por los pobres de Marcelino era una cuestión teológica radicada en el ser de Dios, justificada en la primacía de la gracia y exigida por la universalidad de la oferta salvífica de Dios ofreciendo su evangelio sin discriminación de ningún tipo a todos los hombres.

Un texto tomado del prólogo al libro *Evangelio a los pobres* puede ayudarnos a entender mejor lo que Marcelino quería decir cuando hablaba de esta opción por los pobres. En él se recogen los temas recurrentes de tu teología y de su vida pastoral que hemos intentado recoger aquí, especialmente el de la irrenunciable primacía de la gracia, del Señor, de su evangelio, de su palabra; el protagonismo de los pobres en su evangelización; la mediación para la inmediatez del ministerio apostólico, la conciencia agradecida de ser miembro de la Iglesia; en un estilo que recuerda al de la Primera carta de San Pablo a los Tesalonicenses, utilizando a la vez las imágenes rurales de la vida cotidiana que tanto utilizó en analogía a las parábolas de

²⁹ Por mencionar solo algunos hitos más significativos del Magisterio de la Iglesia que han acogido esta idea: Medellín, Puebla, *Sollicitudo rei socialis*, Sínodo extraordinario de 1985. Más adelante ha sido desarrollado por Francisco de forma muy extensa y significativa en su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 186-216.

Jesús en los Evangelios Sinópticos. Valga este texto casi como un testamento y testimonio personal de Marcelino Legido, a quien le damos finalmente la palabra, agradeciendo a Dios su vida y el enorme privilegio de haberla compartido con tantos de nosotros:

«Encargados por el Señor en su mismo encargo de anunciar el evangelio a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo, queríamos entregar a los hermanos la buena noticia de Jesús, que es él mismo, el evangelizador y el evangelio. Queríamos entregárselo de tal manera, que hasta los últimos de los pobres pudieran escucharlo traducido a sus palabras y puesto a su mesa. Que un pastor del campo pueda llevarlo en su alforja, que una madre de familia lo tenga sobre la cornisa de la chimenea, que un joven obrero lo pueda llevar en su mochila, que un paralítico lo pueda escuchar en el corro de la solana. Dar la Palabra a los pobres.

[...] No estamos seguros de la transparencia. Los caminos nos revelan y nos ocultan al mismo tiempo el evangelio. Nuestras palabras y nuestras imágenes seguro que conservan el polvo del camino y la oscuridad de nuestra apropiación. No supimos decirlo mejor, ni desaparecer todavía más. Nuestra opción por los pobres quiere ser la de Jesús, no la que nace de nuestra inserción histórica. Pero nos alegra sabernos hermanos menores en su Iglesia... De ella es la lectura última de la Palabra, que lee de rodillas y en admiración, a favor de la salvación del mundo»³⁰.

³⁰ Marcelino Legido, Eloy Arranz y Ramón Martín, *Evangelio a los pobres*, vol. 1, Sígueme, Salamanca 1987, 12-13.